

CAROLINA SOMOS TODOS

Por Juan Carlos Muñoz, ganador en la categoría de mayores en castellano

Se reconocieron de inmediato: Brujita71 había cambiado muy poco con respecto a su foto, mientras que DrazenDeLaLatina simplemente se había cortado el pelo. De momento imperaba la sinceridad, también puede ser aceptación, o falta de artificio. ¿Tú eres?, sí, ¿y tú?, se dieron dos besos y sonrieron antes de ponerse a hablar.

– Te he citado aquí porque es un sitio tranquilo.

Brujita71 asintió maquinalmente, con todos sus sentidos analizando la enorme cantidad de información que tenía frente a ella. Era más alto de lo que se había imaginado, también más vulgar (una siempre se los imagina menos vulgares, no sé, más glamourosos de lo que en realidad son, había confesado a Yolanda tras una cita anterior), dejaría para más tarde si era guapo o no, se despojó de la bufanda y se sentó. DrazenDeLaLatina andaba en parecidas disquisiciones, aunque lo primero había sido mirar el escote, tuvo que intervenir porque ella no se decidía a quitarse el abrigo: qué calor hace aquí, y ella se lo quitó, dejándolo sobre la silla más cercana. La primera impresión fue favorable, eufórica casi (además, la etiqueta del abrigo era de marca cara, no es que sea muy importante, pero). Se sentaron casi al mismo tiempo, arquearon las cejas casi al mismo tiempo, respiraron hondo casi al mismo tiempo.

– Así que Brujita71.

El bar era una inmensa caja de resonancia, por el que se entrecruzaban voces y ruidos. Un bar neutro, ni demasiado sofisticado ni demasiado castizo, con una clientela

olvidable y una decoración de camuflaje, pero céntrico y visible. Drazen es por Petrovic, el jugador, y él asintió regocijado (sabía de baloncesto, o por lo menos se había molestado en informarse: casi prefería lo último), el más grande, nació el mismo año que yo, murió en un accidente. Ah, vaya, no tenía ni idea (no debía haber dicho lo del accidente, ya llevo una personal en ataque, bueno, no tanto, a lo sumo una pérdida de balón: no hay que hablar de tristezas, gritó un entrenador imaginario). En fin, ¿tienes mucha experiencia en esto de internet? Brujita71 titubeó, decidió que ya habría tiempo para la verdad, y a qué venía además sacar a colación cosas que ya no tenían importancia. Pues no, eres el primer chico (dudó si hombre: no, mejor chico) con el que quedo, a ver cómo sale esto, y un resoplido casi cómico. Pues cómo va a salir, de puta madre, DrazenDeLaLatina no había saltado a la cancha a especular con el resultado, la carcajada de Brujita71 le demostró que iba por el buen camino, a ella se le pasó preguntarle si era la primera vez que quedaba con alguien por internet (siete u ocho veces, ya ni se acordaba: en la primera se acostaron, la última ni fu ni fa, era una pirada completa, en el resto hubo de todo), por si acaso él se adelantó: ¿tú qué quieres?, pidieron dos cervezas.

Tengo un hijo: aunque no había sido preguntada, Brujita71 creyó necesario delimitar los límites del campo, por emplear una metáfora deportiva (no sabía si se decía así en baloncesto), sorbo moderado de cerveza, ya lo sé, respondió DrazenDeLaLatina, lo ponía en tu ficha, ¿cómo se llama?, Eduardo (obvió señalar que, como su padre, ese dato no añadiría nada: peor aún, quizás condujera a la pregunta de cómo es el tal Eduardo, y eso mejor que no). Eduardo, bonito nombre, había que botar un poco el balón antes de decidir cómo entrar a canasta, yo no tengo hijos pero la verdad es que los niños me encantan: no eran pocos los libros de autoayuda que aconsejaban sobre la forma más eficaz de encarar estas circunstancias, y en todos se exhortaba a declarar la

más estrepitosa devoción por los niños, si vieras cómo juego con mis sobrinos, ¿tienes una foto de Eduardo?, ya antes casi de verla tenía articulado el qué chico más guapo, el arrebolado gesto de Brujita71 demostraba que los dos puntos habían subido al marcador, se solazó DrazenDeLaLatina, es clavadito a ti (no lo era en absoluto, en realidad era una réplica a escala de su padre, pero su madre lo dejó pasar). Oye, ahora que lo pienso, aún no nos hemos presentado, y Brujita71 volvió a sonreír (sí, era guapa, con esa belleza no amenazante que va creciendo conforme transcurre la conversación, conforme hace efecto la cerveza).

– Me llamo Aurora.

– José María, bueno, Chema, dijo él, algo contrariado por la falta de poesía de su nombre. Chema y Aurora: ambos sopesaron, desde distintos puntos de vista, las posibilidades combinatorias, su sonoridad conjunta. Se iban rellenando los datos, las cuentas tenían cada vez más sumandos: Chema, más una corbata de lunares no demasiado chillones, más un corte de pelo estándar (que le disimulaba bien las entradas), más una colonia en la que podía adivinarse el limón. Aurora, más pendientes sobrios, más falta de muletillas reiterativas, más camisa beige, más uñas no pintadas. Bueno, Chema, en tu ficha dice que te gustan los perros.

– Sí, en realidad me gustan todos los animales (era otra de las recomendaciones genéricas que no convenía vulnerar, había decidido dejar los experimentos que no funcionaron con MiriamLocuela ni con CamGonz e ir a lo seguro: mira que decir que claro que me gustan los animales, anda que no me habré comido cochinitos ni nada, de técnica descalificante, vaya). No tengo ninguno, pero porque mi casa es pequeña, en cuanto me mude, ya verás.

Sólo fue una pausa, un silencio no demasiado incómodo. Aurora aprovechó para investigar a hurtadillas los zapatos que llevaba, para ella se trataba de un índice muy revelador, ahora que ya casi nadie lleva reloj. Unos zapatos de cordón, limpios, varoniles. ¿Le gustará a Eduardo?, era demasiado pronto para embarcarse en un debate tan estéril, del que fue rescatada al escuchar la nueva frase de Chema: a mí me impresionó mucho eso que dices de que eres muy amiga de tus amigos.

Sí, y que no soportaba las injusticias: esas cláusulas de estilo que casi venían impuestas por un invento que había arrumbado en el baúl de los recuerdos aquellas trabajosas negociaciones que se organizaban en discotecas o en fiestas, y gracias a las cuales Chema había conocido a Belén (presentada por un amigo: sonaba *Hotel California*) y Aurora a Eduardo (era compañero de trabajo de su hermano: se tuvieron que apañar con una de Celine Dion, qué horror). Se acabaron las miradas de soslayo, las excusas banales para trabar conversación, incluso eso tan ridículo de pedir fuego (en realidad, ya casi nadie fumaba, o, por decirlo más correctamente, casi nadie hacía alarde de fumar hasta que ya era irreversible). Eran la primera generación de celestineo cibernético, internet había racionalizado el proceso, y allí estaban ellos dos para dar buena fe de ello. Qué medievales éramos antes, qué modernos somos ahora, podrían haber pensado Aurora y Chema de no estar tan ocupados.

Ambos confesaron su afición a leer, al cine y a la música, intercambiaron autores, cantantes, películas, lugares visitados (¡habían estado en Praga en el mismo verano, qué gracioso si hubieran coincidido en la plaza aquella tan bonita, la del reloj!) y por visitar: el puente por el que transitaba su conversación era cada vez más sólido, un puente de piedra como el que ambos habían admirado en la ciudad de Kafka, a pesar de lo cual ninguno de ellos dejó las precauciones, una segunda cerveza son muchas cervezas, y pedir ahora un refresco sería infantil. Quizás por eso Aurora aceleró, no es usual que los

hombres os confeséis románticos, y Chema suspiró, qué quieres que te diga, no todo el mundo lo entiende, estuvo a punto de añadir una broma, pero la cara de éxtasis de Aurora le llevó a dejar una bandeja y asegurar la canasta, ya habría tiempo para mates de esos que dejan temblando el tablero.

Un instante de pausa precedió a la siguiente fase, dejando paso a la música del bar, una ráfaga en inglés, sin pies ni cabeza. Aurora carraspeó ligeramente (o se vio obligada a fingir que carraspeaba) y quiso confirmar si efectivamente Chema era dentista. Porque ser romántico está bien, había dicho a Yolanda mientras preparaba la cita, pero una cosa es una cosa, y otra cosa es otra cosa, qué razón tienes, hija, a ver si va a resultar que en realidad es un perroflauta, y ambas se rieron. Sí, soy dentista (estuvo a punto de decir *odontólogo*, pero ya tenía demasiados años como para dejarse embaucar por las esdrújulas: dentista, y punto), tengo una consulta a medias con un compañero de la facultad, y por eso no hago más que fijarme en tu sonrisa, es verdaderamente cautivadora, te lo dice un profesional: rebote en su propia canasta, contraataque a la velocidad del rayo, y mate antológico, tal y como demostraba el rubor que inundaba las mejillas de Aurora. Estuvo a punto de decir que su cara parecía un amanecer (era pálida de piel: el símil era cursi, pero no descabellado), no quiso arriesgar más de lo necesario, tampoco convenía sobrase demasiado (otra vez los libros, el sentido común, el recuerdo de MacarenaPozuelo). Yo estudié farmacia, y trabajo en el departamento de calidad de una multinacional del ramo, seguro que la conoces, agitó el flequillo para subrayar una frase tan larga, grávida de prosa burocrática (dentista: qué rotundo en comparación, pensó, qué pocas explicaciones requiere), pero veo que tú no necesitas medicamentos, se te ve muy sano, y agarró con precipitación el vaso, bebió.

Las alarmas se dispararon: la evidente torpeza del piropo había despertado en Chema cierta ternura, entreabriendo una puerta por la que, en otras ocasiones, se había colado

mucho material defectuoso (fuera fantasmas, agitó unas manos imaginarias, fuera). Aún así, agradeció el cumplido incluso cuando Aurora lo emborronó todavía más: es que se te ve muy sanote, como muy deportista. Me gusta el baloncesto, tenemos un equipo de aficionados y jugamos todos los sábados en una liguilla formada por. El resto de la frase no fue escuchado por ninguno de ellos: el sexo acababa de hacer su tempestuosa aparición, un erizamiento seguramente ficticio (pero no por ello menos efectivo) agitó sus respectivos genitales (o la imagen mental de sus genitales), fue el momento de pedir una segunda ronda, ahora ya sí que estaba justificada, oye, qué sed, ¿te apetece otra?, claro que le apetecía.

Mientras el camarero retiraba los vasos vacíos y traía los nuevos, una oleada de información confirmó, negó, complicó, matizó: Aurora era más guapa de lo que había dejado entrever al principio, un grado más irónica, sorprendentemente ingenua a veces, sin adscripción ideológica evidente (tampoco la necesitaba), algo más gruesa (seguramente había mentido en el peso, pero ¿quién no?). Chema ganaba en fisicidad con los minutos, ya no era vulgar, el gesto de su boca ya no era tan petulante, sabía escuchar, no había hablado ni una sola vez de sus padres (la familia política, ese agujero negro), y la alusión a su divorcio había sido casi graciosa, bueno, graciosa y cruel (vaya una arpía, la tal Belén: ahora, que a saber lo que opinaba ella). Bueno, por nosotros, propuso Aurora, con la sensación de que el dedo se había dejado caer sobre la tecla correcta, el piano ofrecía muchas y casi todas iguales, pero ésta era la correcta. Los vasos chocaron con delicadeza, con lirismo.

Esa impresión de intimidad repentina, en la que tan a gusto se movía Aurora, casi sofocó a Chema, que se vio obligado a ampliar el perímetro, a relajar la presión, a ralentizar un poco el ritmo del partido. Los dardos. ¿Proponer una partida? Hum, demasiado, euh, paródico, se diría sacado de una película de Meg Ryan y Tom Hanks,

de eso nada ¿Hablar ya de la cena? Son las ocho menos cuarto, no seas cagaprisas ¿Retomar al pequeño y adorable Eduardo? No, eso es campo atrás, vayamos hacia adelante, siempre hacia adelante. Aurora se atusó maquinalmente el pelo, te está dando la entrada, como los actores, se alarmó Chema, basta ya de rodeos, piensa algo. Su búsqueda acabó en la barra, a unos metros. Me vale, sonrió para sí.

– Qué curioso.

Acodado sin elegancia, un hombre bebía con parsimonia un cubalibre, mientras hablaba con dos amigos. Nada que llamara la atención (esos bebedores recios que tanto abundan), excepto que llevaba puesta una camiseta en la que, bajo la foto de una adolescente, se leía: “Carolina somos todos”. Sin ser muy estirado para protocolos de vestimenta, a Chema no le pareció la indumentaria más adecuada para ir al bar a ponerte hasta el culo con los colegas, llámame clásico si quieres, llámame mojigato, pero es así. Vivimos en un mundo chocante, paradójico: esa iba a ser la idea fuerza que vertebraría el próximo rato de conversación, la transición hasta poder sacar la baza de la invitación a cenar, vamos con ello. Chema miró a Aurora: ya he dicho mi frase, vamos con la tuya, retomemos el guión. Ella no se demoró, pero el tono de la réplica no era el esperado.

– Pobre chica, qué horror lo que le hicieron.

Sí, qué horror, se apresuró Chema (pero ¿no estábamos en una comedia romántica? ¿Por qué nadie me avisó de que habíamos cambiado a un docudrama?). Aurora alzó ligeramente la voz: por qué has dicho qué curioso, parpadeó dos veces. Chema carraspeó, algo confundido, dudó sobre si soltar ya eso de que vivimos en un mundo chocante (o paradójico), se le antojó demasiado abstracto, tuvo que rectificar: me ha llamado la atención esa camiseta, lo de esa chica pasó a quinientos kilómetros de aquí, me preguntaba si ese señor será familiar suyo.

Volteó la cara hacia la barra, menos para centrarse en el tipo que para escapar del gesto de Aurora, un gesto de evidente censura. La fisonomía no traslucía pista alguna. Cincuenta y pico años, correctamente afeitado, hablaba sin aspavientos con otras dos personas más. De repente los tres prorrumpieron en una estruendosa carcajada, para a continuación entrechocar sonoramente los vasos.

– ¿Por qué familiar? ¿Es qué sólo los familiares pueden exigir que se haga justicia con los asesinos de la chica? Tú sabes lo que le hicieron, ¿verdad?

Sí, lo sé, me dejó aterrado, el nada sutil cambio de voz de Aurora le hizo arrepentirse de su observación. Chema, ahora sí que te han pitado una técnica, se avergonzó. A tu edad y con tu experiencia no te puede pasar esto, has cometido un error de juvenil, anda que no se iba a reír Belén si te viera ahora. No, no es eso, a ver si me entiendes, es que me ha sorprendido, eso es todo, vivimos en un mundo chocante en el que. Aurora le miraba sin expresión, le interrumpió para recordarle los horrores que habían ocupado todas las televisiones durante los últimos meses, y que Chema conocía perfectamente. Una vergüenza, reiteró, lo que pasa es que, cómo te lo explico, me ha llamado la atención, aquí, en un bar (la sonrisa, así como de desvalido, como decía Belén, que luzca ese aire de no haber roto nunca un plato), bebiendo tan tranquilo con esa camiseta puesta, en fin, no sé.

Aurora depositó el vaso sobre la mesa y miró fijamente a Chema. Se nota que no tienes hijos, bufó, perdona que te lo diga así, pero es que yo siempre voy con la verdad por delante (era cierto, lo ponía en su ficha: también que lo que más le gustaba en el mundo era dormir hasta tarde los domingos y que su color favorito era el índigo). Había que pedir un tiempo muerto, Chema era consciente de que era necesario revertir esa conversación a toda costa. Intentó concentrarse en Aurora y balbucear alguna de las

frases que más le habían llamado la atención (bueno, así que te gusta el senderismo y pasear junto al mar, a mí también, el año pasado estuve en), pero sin motivo aparente el hombre de la camiseta dejó el cubata sobre la barra, levantó los brazos y se puso a bailotear, secundado por sus amigos, que le daban palmas, y ya no fue posible apartar los ojos de él. Sí: el mundo era un lugar muy chocante (muy paradójico). En la panza de aquel bailarín desmañado seguía la mirada sin expresión de Carolina.

– Déjate de senderismo, que hay qué ver que falta de tacto demostráis los tíos algunas veces.

Aurora (bueno, Aurora ya no: era evidente que volvía a ser Brujita71) había endurecido el gesto, y a DrazenDeLaLatina empezó a girarle el bar, el repentino ruido subacuático que rebotaba por las paredes, el humo, un olor a fritanga que antes no estaba, el frío que se adivinaba tras las ventanas. A la desesperada recurrió a pagar ostentosamente las cervezas, a enfatizar que si por él fuera los tíos que le hicieron eso se pudrirían en la cárcel, qué digo en la cárcel, en la silla eléctrica, a proponer ir ya al restaurante que había reservado, espero que te guste la comida india, a poner cara de cómo si nada hubiera pasado (¿pedir perdón?, pero, en realidad ¿qué he hecho mal?). Nada alteró la precisión de gestos con la que Brujita71 se puso el abrigo, se ajustó con parsimonia la bufanda y sacó una mano rígida e inhóspita que tendió a un DrazenDeLaLatina definitivamente sobrepasado.

– Seguro que eso que dices de que eres romántico es mentira. Esto me pasa por ir de buena, que no aprendo...

Soltó su mano con una mueca de infinita conmiseración, tras lo cual se dirigió a la puerta y salió a la calle. DrazenDeLaLatina se quedó de pie, incapaz de analizar qué había pasado, incapaz de darse cuenta de que el partido había acabado (y que él había

perdido, y de paliza). Mecánicamente se dejó caer sobre la silla y se bebió lo que le quedaba de cerveza, estaba caliente. Seguía dándole vueltas cuando el hombre de la camiseta gritó: otra ronda, Manolo, y algo para picar, no seas rata.